

ASESINATO EN AMÉRICA

LOS GRANDES DELITOS DE SANGRE DE LA HISTORIA
NORTEAMERICANA RELATADOS POR LOS PREMIOS PULITZER

Simone Barillari (ed.)



errata naturae

Índice

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2011

TÍTULO ORIGINAL: *Omicidi americani*

© Editado por Simone Barillari y publicado por primera vez por minimum fax,
Rome, 2006. All rights reserved

© de la traducción de «Leopold y Loeb, “el crimen del siglo”»,
Antonio García Maldonado, 2011

© de «¡Linchamiento!», *The Chicago Daily News*, 1924

© de la traducción de este texto, Fernando Pérez Fernández, 2011

© de «El día de locura de Howard Unruh», *The New York Times*, 1949

All rights reserved. Used by permission and protected by the Copyright Laws of the
United States. The printing, copying, redistribution, or retransmission of the Material
without express written permission is prohibited

© de la traducción de este texto, Antonio García Maldonado, 2011

© de «Tres disparos y un atisbo de rosa. El asesinato de John Fitzgerald Kennedy»,
United Press International, 1963

© de la traducción de este texto, Sara Álvarez Pérez, 2011

© de «Caza del hombre», *Public Opinion*, 1966

© de la traducción de este texto, Sara Álvarez Pérez, 2011

© de «Universidad de Estado de Kent: cuatro muertos y once heridos», *The Akron
Beacon Journal* – Ohio.com, 1970

© de la traducción de este texto, Fernando Pérez Fernández, 2011

© de «Los Ángeles de la Muerte», *The Miami Herald*, 1990

© de la traducción de este texto, Carmen Torres García, 2011

© de «Columbine, los estragos de la inocencia americana», *The Denver Post*, 1999

© de la traducción de este texto, Antonio García Maldonado, 2011

© Errata naturae editores, 2011

C/ Río Uruguay 7, bajo C

28018 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-02-2

DEPÓSITO LEGAL: xxxxxxxx

DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIONES: David Sánchez

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Leopold y Loeb, el «crimen del siglo»	5
¡Linchamiento!	101
El día de locura de Howard Unruh	123
Tres disparos y un atisbo de rosa. El asesinato de John Fitzgerald Kennedy	143
Caza del hombre	163
Universidad del Estado de Kent: cuatro muertos y once heridos	209
Los Ángeles de la Muerte	249
Columbine, la masacre de la inocencia americana	299
<i>Notas biográficas</i>	343

Leopold y Loeb, «el crimen del siglo»

Premio Pulitzer de Reportaje en 1925

AUTORES

James W. Mulroy y Alvin H. Goldstein

CABECERA

The Chicago Daily News

Traducción de Antonio García Maldonado

KIDNAPERS KILL BOY AS WEALTHY FATHER SEEKS TO PAY \$10,000

Nude Body of Lad Found Jammed Into Culvert with
Stab Wounds in Head; Seized on Way
Home from School.

President of Rockford Watch Company, Warned Not to In-
form Police, Could Not Believe Body Was
That of Missing Son.

Robert Franks, the 14-year-old son of a wealthy south side watch manufacturer, was found to-day, murdered by kidnapers who had demanded \$10,000 ransom.

The boy's naked body was found early in the morning, stuffed into a culvert under the Pennsylvania railroad tracks at 118th street, but it was late in the afternoon before the Franks family suspected the truth.

Seized After Leaving School.

Jacob Franks, president of the Rockford Watch company, and his frantic family had been waiting all day at the family home at 5052 Ellis avenue, for further word from the kidnapers, who plucked up the boy yesterday afternoon soon after he left the Harvard school, a private institution for boys, at 4731 Ellis avenue.

The father had decided to pay the ransom, rather than risk the life of his boy by calling in the police. He had not even notified the city authorities, but had prepared himself to meet all the conditions set down by the kidnapers.

For that reason he could not believe his boy had come to harm, though notified early of the discovery of the naked body in the railroad culvert. Only when friends became insistent did he consent to let Edwin M. Gresham, 5120 Greenwood avenue, his brother-in-law, go out to look at the body.

"It's Robert," the uncle cried as he entered the little morgue at 13300 Houston avenue.

Stabbed Twice in Head.

Robert had been stabbed twice in the head. The two wounds in his skull were the only marks on his body. His clothes had been removed and either hidden or destroyed. No telltale marks were found near the culvert.

Indeed it was not until nearly noon that any one suspected foul play in the railroad-culvert mystery. The police first diagnosed the case as accidental drowning, for the head wounds were not easily seen.

It was late yesterday afternoon when Robert disappeared. So far as is known no one saw his kidnapers. He had left the school about 5 o'clock to walk in the direction of his home, half a mile away.

Four hours later a man called Mr. Franks on the phone and said:

"Your boy has been kidnaped. He is in safe custody. You will hear more from us in the morning."

Just that, and no more.

Demand \$10,000 of Father.

Through Samuel A. Ettelson, his lawyer, the father arranged to have the telephone line leading into his home tapped, in hope of connecting with the kidnapers in that way. But at 8 o'clock this morning he received, by special delivery, a typewritten letter that caused

El espíritu diabólico surgido al proyectar el secuestro y el asesinato; la riqueza y el privilegio de las familias cuyos hijos estaban implicados; los altos resultados intelectuales conseguidos por los dos jóvenes; las sugerencias de la perversión; los extraños móviles aducidos en su confesión, según los cuales el chico fue asesinado tanto por el rescate como para vivir la experiencia y para satisfacer el deseo de un «elaborado complot»: todos estos elementos combinados entre sí hacen del caso un género en sí mismo.

Así lo describía uno de los periódicos de Chicago para justificar el énfasis masivo, «las columnas y columnas de noticias, comentarios y fotografías» dedicadas en aquellos días a un homicidio que, sin duda, era único en los anales de la ciudad y que, probablemente, como añadía, no tenía precedentes en toda la historia criminal de América. Por su parte, el Chicago Daily News proponía a sus lectores tests de inteligencia y análisis psicométricos para que cada cual pudiese confrontarse con los increíbles resultados marcados por el joven asesino, y en todos los

diarios se abrieron secciones que acogían el correo de los lectores sobre el caso y los sondeos basados en las cartas y llamadas de teléfono.

Tal vez sea cierto que ningún otro crimen americano pueda merecer con la suficiente autoridad el título de «crimen del siglo» como este primero al que se le otorgó semejante epíteto: el asesinato de un niño a manos de dos jóvenes vástagos de Chicago, excepcionalmente ricos e inteligentes. Durante cuatro meses, en 1924, en plena década «loca» americana, el caso magnetizó la prensa y la radio —el día mismo de la confesión, las palabras de los asesinos eran ya de dominio público gracias a las ediciones especiales—, y las mismas razones a las que se alude para explicar las columnas y columnas dedicadas a la noticia han prolongado su fama en el tiempo. Poco a poco el teatro, la literatura y el cine han hecho de Leopold y Loeb una constelación menor de la mitología americana, un nicho luciferino del imaginario, que ha sido narrado de modos distintos según los usos del momento y según una de las antiguas razones de la fascinación: La saga de Hitchcock, por ejemplo, exalta sobre todo el desafío de Loeb al mundo y sus reglas, basado en la filosofía nietzscheana del superhombre —la inteligencia afilada con la navaja del riesgo—, mientras que, en 1959, la película Compulsión, con Orson Welles dando vida al protagonista, propone una relectura del caso y una violenta denuncia de la pena de muerte. «Este delito se ha convertido en materia artística en tres obras de teatro, una decena de libros y un musical. El público está horrorizado por este crimen —continuaba aquel día el Herald and Examiner de Chicago— y no debería permitirle a nadie entretener, distraer de aquí nuestros pensamientos y nuestros sentimientos: por el bien de todos, el caso debe ser llevado hasta el final».

Secuestradores matan a un joven mientras el acaudalado padre intenta pagar 10.000 dólares

Por James W. Mulroy y Alvin H. Goldstein
23 de mayo de 1924

Robert Franks, de catorce años e hijo de un rico relojero del South Side, ha sido hallado hoy asesinado por los secuestradores que habían pedido un rescate de 10.000 dólares.

El cuerpo desnudo del joven se ha encontrado esta mañana temprano, encastrado en un canal de desagüe bajo las vías del tren de Pensilvania, a la altura de la calle 118, pero la familia Franks no ha empezado a sospechar la verdad hasta la tarde.

Jacob Franks, presidente de la compañía Rockford Watch, junto a su afectada familia, esperó todo el día, en su casa del 5052 de la avenida Ellis, recibir otras instrucciones de los secuestradores que ayer por la tarde habían raptado al joven, recién salido de la Harvard School, una escuela privada situada en el 4731 de la misma avenida Ellis.

El padre había decidido pagar el rescate antes que arriesgar la vida de su hijo llamando a la policía. Ni siquiera había denunciado el hecho a la autoridad civil, preparándose así a satisfacer todas las condiciones impuestas por los secuestradores.

Por este motivo, aun cuando estaba informado del descubrimiento del cadáver desnudo en el canal bajo las vías, no podía creer que nadie hubiese hecho daño a su hijo. Sólo debido a la insistencia de algunos amigos consintió que su cuñado, Edwin M. Gresham, residente en el 5120 de la avenida Greenwood, fuese a ver el cuerpo. «¡Es Robert!», gritó el tío al entrar en la pequeña morgue del 13300 de la avenida Houston.

Robert había sido golpeado dos veces en la cabeza. Las dos heridas encontradas en el cráneo eran las únicas marcas presentes en el cuerpo. Le habían quitado la ropa y después la habrían escondido o destruido. Junto al canal se encontraron algunos indicios reveladores.

Sólo hacia el mediodía comenzó a sospecharse que el misterio del canal escondiese en realidad un delito. Al principio, la policía había etiquetado el caso como «ahogamiento accidental» porque las heridas en la cabeza no eran muy visibles.

Robert había desaparecido en la tarde de ayer. Por lo que se ha podido saber hasta ahora, nadie vio a los secuestradores. Salió de la escuela en torno a las cinco de la tarde y se dirigió a pie a su casa, a menos de un kilómetro de distancia.

Cuatro horas más tarde, un hombre llamó al señor Franks por teléfono y dijo: «Su hijo ha sido secuestrado. Ahora está seguro. Le daremos noticias mañana». Sólo eso. Nada más.

Por medio de su abogado, Samuel A. Ettelson, el padre consiguió que se pinchase la línea telefónica de su casa, con la esperanza de seguir el rastro de los secuestradores. Pero esta mañana le ha llegado, urgente, una carta escrita a máquina que lo ha llevado a modificar sus planes y a proceder en secreto.

La carta, enviada a las tres de la madrugada, lo informaba de que su hijo le sería devuelto contra el pago de un rescate de 10.000 dólares y a condición de que no informase a la policía ni demás autoridades. La carta estaba formulada con elegancia, como si fuese obra de una persona con una educación superior a la media.

«Su hijo está seguro», empezaba. «Usted ha de seguir con la máxima precisión todas las condiciones contenidas en esta carta».

La condición principal era el pago de 10.000 dólares, seguida de esta advertencia: «Si ha informado a la policía o a otras autoridades, mataremos a su hijo». La última frase decía que Franks debía esperar «instrucciones ulteriores a las 13 horas».

Por consejo del abogado Ettelson, el padre ha satisfecho las peticiones contenidas en la carta. Se ha mantenido alejado de la policía y se ha preparado para entregar los 10.000 dólares una vez recibidas las instrucciones para hacerlo.

Pero las 13 h pasaron sin noticia alguna. A las 14:30 h Franks consintió que el cuñado se acercase a la morgue de la avenida Houston. Una hora más tarde se ha identificado el cuerpo.

La identificación ha puesto el caso en manos de la policía. Ya en posesión de tres elementos con los que trabajar —la carta, el cadáver y el canal— los agentes investigadores se han puesto manos a la obra para capturar a los secuestradores.

Franks es considerado uno de los hombres más ricos de Chicago. Vive en una residencia extraordinariamente grande e imponente, incluso en un barrio en el que este tipo de edificios son la norma. Es menos conocido que muchos otros hombres ricos, pero, probablemente, los secuestradores estuviesen al corriente de sus posibilidades económicas reales. Los Franks tienen otros dos hijos, Florence y Jack.

**Cuerpo encontrado por puro azar.
Ninguna conexión inicial entre el secuestro
y el descubrimiento del cadáver**

Por James W. Mulroy y Alvin H. Goldstein
31 de mayo de 1924

El cuerpo de Robert Franks, de catorce años, fue encontrado en la mañana del viernes pasado, poco después de las cinco, algunas horas antes de que se difundiese la noticia de su desaparición.

Cuando la familia Franks, firmemente convencida de la hipótesis del secuestro, supo por el *Daily News* que se había descubierto el cadáver de un joven, no quiso tomar en consideración el hecho de que los dos acontecimientos pudiesen estar relacionados. El señor Franks había recibido algunos mensajes de parte de los sedicentes secuestradores y sólo en la tarde del miércoles un miembro de la familia se dejó convencer para acompañar a un periodista del *Daily News* a la morgue, donde se identificó el cadáver.

La identificación se completó prácticamente en el mismo momento en el que el señor Franks se preparaba para abandonar su casa y entregar los 10.000 dólares del rescate a los presuntos secuestradores.

El descubrimiento del cuerpo aconteció por puro azar y, si el destino no hubiese frustrado los planes de los asesinos, el cadáver habría podido permanecer en esa tumba de agua durante meses, hasta que, finalmente, se hubiesen borrado las marcas que permiten la identificación.

Sin embargo, el destino intervino menos de doce horas después del homicidio. Probablemente menos de seis horas después de que el cadáver fuese empujado por la embocadura del canal, bajo medio metro de agua, un obrero que pasaba vio sobresalir las piernas. Alertó a los hombres de una fábrica vecina y avisó a la policía.

Tras el descubrimiento del cadáver los acontecimientos se sucedieron lentamente, porque la familia Franks, obedeciendo las peticiones telefónicas de los presuntos secuestradores, había mantenido el caso alejado del Departamento de Policía, de modo que, cuando los agentes del East Side extrajeron el cuerpo, no habían recibido aún ninguna denuncia de secuestro.

La teoría de la policía era que el cuerpo desnudo pertenecía a un chico que había ido a nadar al cercano lago Wolf y que se había ahogado, acabando después en el canal. La policía creía que la muerte había sido accidental y en el informe no había nada que pudiese relacionar, en la cabeza de quienes sabían del secuestro, el cuerpo encontrado con la desaparición de Robert.

La identificación se complicó más tarde, a consecuencia precisamente del objeto que luego ha desvelado el homicidio: ese par de gafas que, como se ha sabido después, pertenecían al asesino. Las gafas yacían a poca distancia del lugar donde el cuerpo había sido depositado en la tierra, tras ser extraído del canal. Cuando el dueño de las pompas fúnebres llegó al lugar para recoger el cadáver y llevarlo a la morgue, dio por supuesto que las gafas pertenecían al muerto y se las puso en la cara.

Cuando la familia Franks supo del descubrimiento del cuerpo de un joven con gafas, respondió que Robert no las había llevado nunca, de manera que no podía tratarse de él.

El indicio que retrasó el inicio de la caza de los asesinos fue el mismo que más tarde ha permitido llevarla a término. Desde el principio la policía creyó que las gafas conducirían a la resolución del caso. Los ópticos que las examinaron dijeron que eran de lentes muy comunes, prescritas casi cada día por muchos de sus colegas para aliviar los dolores de cabeza.

Parecía que revisar en profundidad los registros de todos los ópticos de la ciudad en busca de esas gafas y analizar miles de prescripciones fuese una empresa desesperada.

Sin embargo, la búsqueda se restringió de repente cuando la Coe & Co. reconoció la montura, un modelo de marca registrada vendido sólo en sus tiendas, y más tarde identificó su propio sello en las lentes. Después de una investigación en los registros se llegó a la tarjeta de visita del joven Leopold. Las gafas correspondían exactamente y el jueves por la tarde, poco después de una hora del descubrimiento de la tarjeta, la policía fue a casa de Leopold para arrestarlo.

Estaba igualmente presente el joven Loeb con algunos amigos y por esta razón la policía le pidió que los acompañara, pues querían verificar con él las declaraciones de Leopold. El destino colaboró de nuevo en la resolución del caso porque Loeb, al que la policía no relacionaba con el crimen, fue el primero en desmoronarse.